

VIII

Aquel salto en lo desconocido y en la noche, de un pobre chico asustado de encontrarse sin sus padres, consumóse tan rápidamente como todas las grandes resoluciones, y tan felizmente, sin desgarrones ni nada, que permanecí un segundo como aturdido, un segundo, pasado el cual orientéme en seguida... No tardé un cuarto de hora en recorrer el trayecto desde el colegio a casa. Lo importante era encontrarme frente a mis padres; todos mis rudimentarios principios de aquel entonces removíanse en mi conciencia infantil, tranquila en el fondo, en forma, principalmente de escrúpulos. Discurría yo, poco más o menos, en estos términos: “¡Veamos al fin y al cabo lo que pasa! Mis padres me metieron en el colegio por mi bien. Al hacerlo así sabían lo que hacían. Yo hubiera debido estar allí y aguardar un poco. Seguro que hubieran ido a verme mañana mismo... Decididamente he hecho mal. Mi resolución va a apenarlos... Y además, ¿qué dirá el director del colegio?” Esta última consideración, tan ingenua y tan propia de un niño tímido y mimado como yo lo estaba, era la que me atosigaba más, pues, yo estaba seguro en el fondo del pronto perdón de mis padres que —sin percatarme de ello lo presentía— ve-

rían en mi escapatoria antes una prueba de amor filial que de instintivo apego a la casa dulce y cómoda, y en aquel paso que yo había dado, al buen perrillo fiel y no al gato esclavo de la costumbre pura y simplemente. Y en verdad que de ambos tenía.

Eché a correr, pues, sin vacilar un instante, siguiendo el camino más corto. Como mi padre me sacaba con mucha frecuencia de paseo por aquellos parajes, precisamente de los barrios de Ventimille y Nuestra Señora de Loreto, no había peligro de que yo me equivocara, y entre la seminiebla y al húmedo resplandor de las luces de gas primitivas todavía —o poco menos— de aquella época que se ha hecho antigua formidablemente a prisa, eché a correr con toda la agilidad de mis piernas que ni un torrente ni un incendio hubieran podido contener, amparándome en los distraídos transeúntes, poco numerosos además, sin cuidarme yo mismo de mi aspecto bastante extraño, con la cabeza al aire —mi gorrita de anchas alas, y visera corta con su larga borla de peluda seda caída hacia la izquierda, se me había quedado en el colegio— y mis pelos encrespados por el viento furioso de mi carrera...

Llegué al fin a casa, atravesando en cierto modo de un salto el ancho rellano de la primera escalera, desde donde el portero, un español con

cuyo hijo hiciera yo antaño capillitas el día del Corpus y encendiera fuegos artificiales en miniatura en el gran patio que aquella noche crucé de estampía, desde donde, como iba diciendo, el portero me vió y me gritó: "Buenas noches, señorito Pablo; pero ¿por qué corre usted tanto y con la cabeza descubierta?"

Otras cosas tenía yo a la verdad que decir y hacer para pararme a contestarle, y de un tirón escalé "nuestro" primer piso, y con reiterado ademán así el cordón de la campanilla, mientras el corazón me latía ¡cómo y cómo! Abrióme la puerta la criada, lanzó un ¡ah! y ya iba yo a prevenirla, cuando dándole un empujón para echarla atrás, caí, más bien que llegué, en el gran comedor sombrío donde estaban cenando... Caí... en los brazos de mi madre y luego de mi padre —y de mi prima Elisa— y de mi primo Víctor, su hermano, muy chiquito y regordete, con el bigote retorcido y la herradura de cazador de Vincennes, que eso era. Instintiva o cordialmente, o ambas cosas a la vez, gato o perro, había yo vencido.

En los ojos, un tanto asombrados, en los brazos extendidos casi por anticipado y tan pronto alrededor de mi cuello, en los besos dulces y largos de mi madre y de mi prima, y en los vivos y barbados de mi padre y mi primo, advertí en seguida indulgencia plena, si no algo de aplau-

so por debajo de cuerda... Y me eché a llorar deliciosamente explicando mis razones, que fueron aceptadas al punto, y luego, cuando a la pregunta de ¿“Tienes hambre?””, respondí con la boca y los dientes, saboreando la buena sopa de tapioca, y el tierno pollito y... no recuerdo qué otras cosas en clase de legumbres y postres, y luego que hube bebido con deleite el dedito de buen vino puro —por la noche no se debe tomar café, que quita el sueño—, paternal y maternalmente, y mejor que amistosamente combatidas y refutadas. Convencido yo de haber hecho mal, prometíles dejarme llevar al día siguiente al colegio, a mediodía, y fui a acostarme por última vez... hasta las vacaciones de Navidad, en mi camita donde dormí a pierna suelta.

Llegó el día siguiente, sin embargo, y yo tuve a gala el cumplir mi promesa. Fué mi primo quien se encargó de llevarme otra vez al colegio y de explicarle al director las cosas y disculpar mi fuga de la víspera.

Durante el trayecto me exhortó a ser un hombre y a considerarme un poco como en el regimiento. ¡Qué diantre! Yo procedía de una familia de militares, y lo mismo que él —antiguo sargento, veterano de Argelia, que luego reenanchado dos veces, había de hacer las campañas de Italia y de México, habíase acostumbrado a la vida de cuartel— debía acostumbrarme

yo a la del colegio. Acreditando buen carácter, bueno, pero no en demasía, me granjearía amistades.

No en demasía, como por ejemplo, hasta el extremo de dejar que los chicos se burlasen de mí, sino no tolerándoselo, e incluso pegándome con ellos una o dos veces, que luego todo iría ya como la seda, etc., etc.

Habló tan bien mi primo, que entré casi alegremente en el colegio de donde me había escapado el día anterior, y no poco ufano, además de mi galoneado acompañante, de tez curtida, un "buen mozo" gordo, algo canoso, ya, con su uniforme oscuro tan popular entonces como ahora.

Ya adivinarán que el director perdonó fácilmente mi escapatoria, y de muy buen grado y con ánimo alegre y el corazón lleno de buenos propósitos fui presentado por el señor L... al profesor de la clase elemental, donde había de pasar un año antes de formar parte de los alumnos que el colegio conducía al Liceo, entonces de Bonaparte y luego de Condorcet, después de haber sido una temporada de Fontanes.

En aquel medio, que era verdaderamente el mío, compuesto de chicos de mi edad, de familias burguesas, me domesticqué pronto, llegando a estar allí tan a gusto con el tiempo que, comparable en verdad con los pueblos dichosos que



no tienen historia, quizá sea el año que pasé en aquella pacífica clase, con recreos en un patio especial, donde la vigilancia era más fácil y por ende incesante, el período de toda mi vida, sí, de que menos me acuerdo. Por más que hurgo en mi memoria, no veo, en esa lejanía, nada, absolutamente nada, no sólo de notable sino de existente: eclipse total de recuerdos, por lo menos de recuerdos algo dignos de ser referidos en esta revista algo minuciosa, de una vida que en gran parte se reduce a matices...

Y yo quiero reanudar este relato en la época en que coincidieron mi primera comunión y mi entrada en el Liceo...

Nos llevaban a oír misa a una iglesita de madera, sita en mitad de la calle de Clichy, y que era provisional, mientras erigían, frente a la Chaussée d'Antin, la "elegante" Trinidad que ustedes conocen. Cuanto al catecismo, llevábanos a aprenderlo a una capilla que ya no existe, o, por lo menos, tal creo, sita en la calle de Douai, cerca del *square Veintimille*, entonces cerrado al público y ornado de una estatua de mármol blanco de Napoleón I, a la que cierta noche hubo de ocurrirle una maloliente aventura.